

mares, se me han saltado las lágrimas, y no exagero. Con **La muerte del filósofo** y **Amphitryon** he aprendido a leer triplicando mi atención. Con **El día del hurón** y **Lapaz de los sepulcros** he llegado a sentir horror como no lo sentía desde mi lectura adolescente de Lovecraft y Poe. Todo esto, quizá sin saberlo, haya influido en mi manera de escribir y de pensar, en la forma que han adquirido cada una de mis seis novelas.

Si me pusiera a contar las horas que he dedicado a los libros de mis amigos, descubriría asombrado que he invertido en ellas ya una porción generosa de mi vida. No exagero. No sólo se trata de haberlas leído y examinado (casi todas en manuscrito), sino el haber tenido la oportunidad de comentarlas o corregirlas, de discutir las con cada uno y, finalmente, el haberlas vuelto a leer (casi todas) una vez fueron publicadas o reeditadas. Incluso a Jorge y a Pedro he dedicado sendos ensayos, y lo hice con fascinación, casi con morbo de exegeta e iniciado. Quisiera hacerlo un día con Vicente y con Nacho. La pluma de estos dos estilistas, creadores geniales, me llena todavía de pasmo, de envidia. Por lo pronto sé que existe ya una miríada de lectores esparcidos en el mundo. No son muchos, claro, pero son lectores que, de una u otra manera, han entendido el propósito original de nuestra amistad y, sobre todo, el desafío que buscaban imponer

(mal que bien) nuestras novelas. Tal vez algunas de ellas los hayan llevado a otras y éstas los hayan llevado a leerlos más tarde a los demás. No lo sé. Para mi total azoro, hoy hay tesis sobre el **Crack** en Polonia, Rusia, Alemania, España, Francia, los Estados Unidos y México, y también hay traducciones al francés, al inglés y al italiano de nuestro chocarrero **Manifiesto** publicado en 1996.

Queda claro que ninguno de nosotros estamos aún cansados de escribir ficción, de narrar, de inventar mundos paralelos, de desafiar estructuras, de recrear una vez más el español, de darle una buena paliza y zarandearlo y renovarlo. Recuerdo ahora mismo a Fuentes en la Feria del Libro de Guadalajara de 2004 cuando dijo: “Caray, qué suerte haber escogido la mejor chamba del mundo: escribir novelas”. Pedro, Ricardo, Jorge, Vicente, Nacho, Alejandro y yo, estoy seguro, nos sumamos a esa declaración. Pedro, Ricardo, Jorge, Vicente, Nacho, Alejandro y yo tenemos cuerda para rato. Como botón de muestra baste señalar que en apenas dos meses aparecerán o han aparecido ya, tres nuevas novelas, tres grandes novelas del **Crack Zapata**, **La guta del Toscano** y **No será la tierra**. Vicente y Alejandro se encuentran en el proceso de terminar sus nuevos relatos y yo he concluido mi escatológica, ambiciosa y rabelesiana **Fricción**.

T

La literatura latinoamericana ya no existe

Jorge Volpi

1. La literatura latinoamericana ya no existe, se extinguió poco a poco durante los últimos años del siglo xx y, si las condiciones se mantienen como hasta ahora, no parece existir ninguna posibilidad de que resucite.

2. En nuestros días la literatura latinoamericana es un cadáver embalsamado que sólo unos pocos académicos nostálgicos se empeñan en preservar.

3. Durante casi dos siglos, desde que los distintos países de la América española obtuvieron su independencia, y hasta las postrimerías del siglo xix, la literatura latinoamericana tuvo una vida amplia y fecunda,

basada en el reconocimiento de una lengua y una tradición comunes. Cuando esa tradición dejó de importar, la literatura latinoamericana comenzó su lento camino hacia la extinción.

4. La literatura latinoamericana fue una pequeña especie que logró mantenerse con vida en las fronteras más apartadas del ecosistema literario mundial durante el siglo xix. Gracias a la acumulación de distintas condiciones favorables —un entorno político, económico y social más propicio, unos cuantos escritores geniales, un Occidente en crisis—, a partir del inicio del siglo xx

comenzó a multiplicarse de manera exponencial hasta alcanzar una condición privilegiada a principios de los años cincuenta.

5. El **Boom** debe ser entendido, en este marco, como una auténtica fiebre creativa, semejante a la explosión cámbrica. Es decir, un momento en el que aparecieron numerosos escritores, dotados con una enorme capacidad de adaptación, todos los cuales se reconocían como parte del mismo tronco común.

6. Para sobrevivir en un ecosistema terriblemente competitivo, pero al mismo tiempo devastado por dos guerras mundiales, los escritores latinoamericanos de mediados del siglo xx supieron apropiarse los mejores elementos de la tradición occidental, sin por ello renunciar a su condición excéntrica.

7. Los escritores del **Boom** son auténticos mutantes: en su ADN lograron conjuntar lo mejor de dos tradiciones distintas, mejorando su capacidad de adaptación.

8. La mutación operada por los escritores del **Boom** —y por algunos de sus predecesores, como Borges—, logró que, de ser una pequeña especie en los confines del mundo, la literatura latinoamericana se convirtiese en una variedad poderosa, capaz no sólo de multiplicarse con éxito sino de influir decisivamente en otras literaturas.

9. Si los escritores del **Boom** se volvieron tan representativos e introdujeron la idea de que la literatura latinoamericana era una especie coherente y enérgica, se debió a que, sin perder el vínculo con su pasado, se apropiaron de los recursos de los grandes escritores europeos y estadounidenses y los utilizaron de manera asombrosa en su provecho.

10. Una de las mayores herramientas halladas por la literatura latinoamericana para garantizar su éxito evolutivo fue el llamado “realismo mágico”. La idea de García Márquez *et al* de narrar la vida latinoamericana con los recursos del realismo, pero introduciendo elementos fantásticos como si fuesen parte de la vida cotidiana, debe considerarse como una de las más geniales formas de supervivencia literaria.

11. Comportándose como un virus, el realismo mágico latinoamericano logró introducirse y contagiar a cientos de víctimas en todo el mundo, tanto entre los lec-



Jorge Volpi

© Rogelio Cuellar

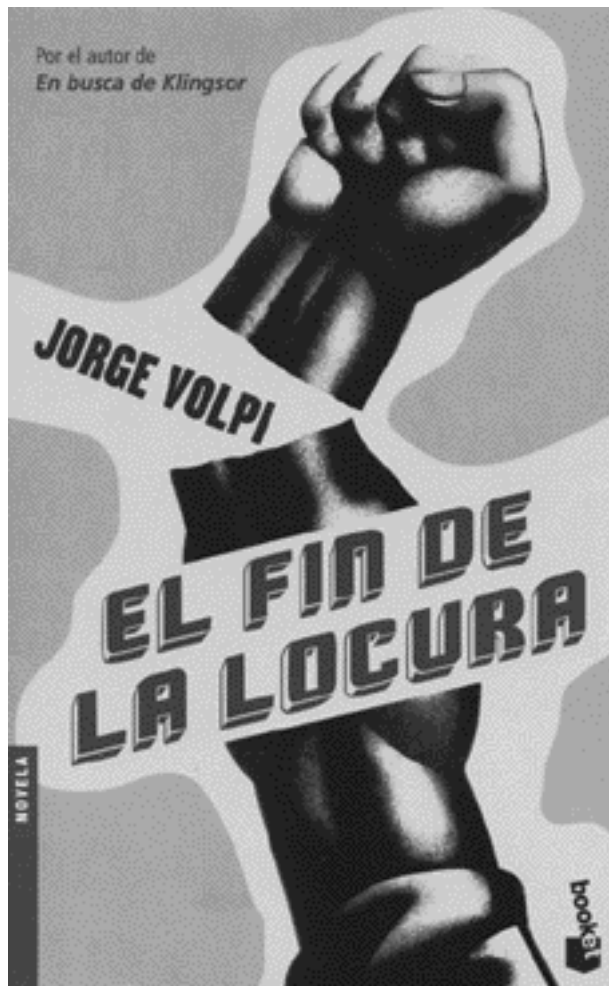
tores normales como en la crítica y la academia. Muy pocas veces una invención literaria ha resultado tan valiosa y tan eficaz al mismo tiempo.

12. El realismo mágico latinoamericano no sólo contaminó otras literaturas, a veces tan lejanas como la india, sino que creó la sensación de que la literatura latinoamericana era una sola, siempre idéntica y siempre reconocible.

13. Paradójicamente, la mayor arma de supervivencia de la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo xx —el virus del realismo mágico— se convirtió en su mayor debilidad en sus últimas décadas. De pronto todos los escritores latinoamericanos se vieron constreñidos por los lectores y críticos a ser eso, **latinoamericanos**. Es decir, a practicar el realismo mágico como única forma de conseguir lectores.

14. De pronto, para sobrevivir —es decir, para ser leído y apreciado— un escritor latinoamericano tenía que demostrar que lo era.

Lo mejor de la literatura latinoamericana continúa allí: miles de escritores empeñados en hallar sus propios caminos, ajenos por completo a las clasificaciones académicas, y millones de lectores que habrán de valorarlos.



15. En los años ochenta el virus del realismo mágico derivó en una auténtica epidemia. El crecimiento llegó a su punto máximo y se convirtió en un cáncer. Poco a poco los espacios comenzaron a cerrarse y la sobrepoblación de escritores practicantes de realismo mágico derivó en un desinterés creciente de los lectores.

16. A partir de los años noventa del siglo xx se volvió claro que los escritores latinoamericanos ya no podrían seguir siendo latinoamericanos si querían sobrevivir (y, por tanto, continuar la tradición latinoamericana). De ahí el nacimiento de grupos como *McOndo* o el *Crack* decididos a escapar de la epidemia del realismo mágico.

17. Por si esto no bastase, de pronto las condiciones objetivas del medio comenzaron a volverse cada vez más hostiles para los escritores latinoamericanos. En primer lugar, debido a la crisis de la industria editorial en esta parte del planeta.

18. Hasta los años setenta, el flujo de información y obras entre los distintos países de América Latina permitía que la literatura latinoamericana fuese una realidad cierta. Los escritores del *Bom* se identificaban entre sí

y al mismo tiempo defendían una tradición. A partir de ese momento, en cambio, se volvió cada vez más difícil que los escritores de cada país mantuviesen contacto con sus pares.

19. En los ochenta y noventa esta tendencia se agudizó, sobre todo cuando la mayor parte de la industria editorial latinoamericana quedó en manos de grandes grupos trasnacionales, en especial españoles. De pronto los vínculos entre cada país se volvieron raquíticos o de plano inexistentes.

20. Por paradójico que parezca, en el momento en que la tecnología permite un intercambio cada vez más fluido de información, los lazos entre los escritores y lectores latinoamericanos son cada vez más precarios.

21. Si la literatura latinoamericana se ha extinguido se debe a tres fenómenos concurrentes. Primero, a que los escritores de cada país ya no se reconocen primordialmente como latinoamericanos. Segundo, a que los lectores de cada país apenas conocen a los escritores de los otros. Y tercero, a que sólo circulan en toda América Latina aquellos autores sancionados por las editoriales españolas.

22. En nuestros días un escritor latinoamericano puede sentirse mucho más cerca de un autor anglosajón —o español o japonés o turco— que de otro escritor latinoamericano.

23. ¿Qué queda, pues, de la literatura latinoamericana? Sus grandes escritores: Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, nuestros clásicos vivos. El recuerdo del realismo mágico. Y miles de académicos que aún creen que es posible encontrar vínculos entre los demás escritores latinoamericanos.

24. El último escritor latinoamericano fue Roberto Bolaño, muy a su pesar. Epítome de esta doble tradición, exiliado por la fuerza y luego por voluntad, chileno con un imaginario preponderantemente mexicano, su obra señala una de las cumbres más altas de la literatura latinoamericana, y al mismo tiempo, como una bomba de relojería, también señala el camino hacia su extinción.

25. La literatura latinoamericana siempre fue una construcción imaginaria, de modo que tampoco es necesario lamentarse mucho de su desaparición.

26. Lo mejor de la literatura latinoamericana continúa allí: miles de escritores empeñados en hallar sus propios caminos, ajenos por completo a las clasificaciones académicas, y millones de lectores que habrán de valorarlos no por su proveniencia geográfica o su identidad latinoamericana, sino por su capacidad de narrar, reflexionar o conmover. **U**

T